

alojamiento de los soberanos y grandes personajes que iban á Venecia, como dice la crónica, *per così rara e nobil reduta*. Aun queda en este aposento, situado á la derecha de la escalera en el segundo piso y dando al canal, una chimenea dominada por estatuas y trofeos con una divisa latina, recordando la estancia del rey.

En la cámara de enfrente, á la izquierda, habitó Casimir y María Casimir de Polonia. Vese aquí un aposento cuya alcoba ricamente ornamentada está dividida en dos por lo alto formando un gabinete con balcon que avanza sobre el aposento como sobre una calle.

Reyes de Hungría y de Bohemia, príncipes de todos los países y una multitud de personajes ilustres han recibido aquí una suntuosa hospitalidad.

Actualmente esta real cámara, abierta al primero que llega es una especie de khan, donde algunos artistas, seducidos por su bella situación, han establecido su estudio. Yo el primero, durante la primavera, alquilé la cámara de Enrique III por dos francos mensuales, y á ella iba á trabajar siempre que me lo permitían otras atenciones. ¡Qué tristes pensamientos evocados bajo aquellos solitarios techos!

Pero continuemos. Hé aquí el dormitorio, la alcoba tan elegante y decorada de los macizos estucos de Vittoria, donde murió trágicamente el dux Francesco Foscari, el que compró, decoró el palacio é hizo construir á sus espensas, por Bartholomeo la magnífica puerta *della Carta* en el palacio ducal. Su historia es de las mas interesantes de los anales de Venecia: así que en nuestros dias los pintores, los poetas y los músicos se han apoderado de ella.

¿Quién no ha oido algunos motivos de la ópera de Verdi *I due Foscari*? ¿Quién no ha visto el bello cuadro del pintor veneciano Gregoletti sobre el mismo asunto? Hagamos en pocas palabras esta triste y célebre historia.

Francesco Foscari tenia un hijo llamado Jacomo, jóven tan bravo como bello y querido del pueblo. En las regatas como en los torneos era siempre el vencedor: su alcurnia, su belleza, su valor y destreza le daban derecho á elegir entre las damas patricias la mas perfecta y pidió la mano de una Contarini, desposándose con ella en 1441 en medio de una pompa digna del hijo de un rey. La plaza de San Marcos se convirtió en circo y durante diez dias de espléndidas fiestas se reunieron en ella mas de 40,000 personas. Por la noche millares de luminarias de blanca cera alumbraban la plaza para que no hubiera interrupcion en la fiesta. El viejo dux Foscari, colocado en un estrado y teniendo junto á sí á la nueva esposa y principales damas venecianas, asistia á los ejercicios y al torneo. Los jóvenes patricios tomaron las armas y nombres de los héroes de las cruzadas. Jaco-

mo Foscari combatió bajo la armadura de Godefroy de Bouillon y fue vencedor del marqués de Este, que vino de Ferrara á tomar parte en la lucha. La crónica cuenta que el conde Francesco Sforza, despues duque de Milan, y las grandes damas venecianas aparecieron con trajes de tela de oro, lo que en aquella época era un lujo inaudito.

Algunos años despues de estas bodas celebradas tan magníficamente, y siendo siempre dux Francesco Foscari, fue acusado su hijo Jacomo de haber recibido de Philippo Visconti duque de Milan, dinero y otras dádivas, crimen previsto por la legislación del Estado y que no solo debia castigarse rigurosamente, sino que además degradaba á todo dignatario que así habia violado una de las mas severas leyes de la República.

Tocaba al padre presidir el tribunal ante el cual habia de comparecer su hijo, y el padre fue quien ordenó y aun asistió á las torturas que sin misericordia se le hicieron sufrir, y quien sentado en el trono del dux entre los terribles Diez, pronunció la sentencia de destierro perpetuo. El decreto fechado en 20 de febrero de 1444 designaba á Nápoles por lugar de destierro de J. Foscari. Mas tarde se le permitió venir á Treviso con la obligacion de presentarse todos los dias al gobernador de la ciudad. Pero esta proximidad á Venecia fue la causa de su perdicion. Habiendo asesinado á un miembro del consejo de los Diez, acusaron á Jacomo de este nuevo crimen. Se habia visto, al decir de algunos, divagar rondando por la ciudad á uno de sus criados; y aunque preso este hombre y sometido á cuestion de tormento, no hizo revelacion ninguna, se persistió en creer culpable á J. Foscari, quien fue otra vez puesto en tortura. En medio de sus dolores, no cesó de protestar de su inocencia; pero el inflexible Consejo no queriendo reconocerse culpable de aquella absolucion, lo acusó de magia y fue desterrado á Cannea, plaza fuerte de la isla de Candia. Desesperado en tan lejano destierro, cometió la imprudencia de escribir al duque de Milan rogándole se interesara por él: esta carta confiada á manos infieles, fue arrebatada por un espía de los Diez y remitida al tribunal de Venecia.

En sentir de los jefes celosos del honor de la República era un nuevo crimen esto de demandar proteccion á un príncipe extranjero, y enviaron una galera por aquel infortunado á quien por vez tercera se acusó de traicion. Francesco Foscari era siempre el jefe aparente del Estado y por la tercera vez se vió obligado á aprobar la sentencia de asistir á la tortura. Esta vez J. Foscari fue sometido á la estrapada, y el desgraciado padre no pudo ni aun hacer observar que estando ya confesada la falta de su hijo, la tortura venia á ser una crueldad sin objeto y por consiguiente inútil. Los jueces, implacables intérpretes de aque-

lla justicia de terror, hallaban cierta complacencia en forzar á un padre á sacrificar sus sentimientos en interés de la patria.

Un año de prision hubo de añadirse á la sentencia de destierro; pero por consideracion al jefe del Estado, se concedió al reo permiso para ver á su familia antes de ser encerrado. Esta entrevista se hizo en presencia de los jueces, ó por mejor decir, de los verdugos, que quisieron vigilar á sus víctimas hasta el último momento.

La jóven esposa de aquel infortunado y la duquesa su madre, enferma y desolada fueron puestas á su paso y abrazaron por la última vez á aquel esposo, á aquel hijo quebrantado por la tortura, que solo se sostenia sobre sus dislocadas piernas con ayuda de sus verdugos.

El viejo dux vigilado por los inquisidores, tuvo la fuerza de rechazar las súplicas de un hijo que le rogaba de rodillas endulzara sus males. «Hijo mio, le contestó el padre, respetad vuestra sentencia y obedeced sin murmurar á la República.»

En seguida embarcaron á Foscari para Candia. Algun tiempo despues llegó á descubrirse el asesino del consejero de los Diez y la inocencia del jóven Foscari fue reconocida; pero demasiado tarde: el infeliz acababa de morir en la prision.

¡Qué gobierno aquel en que el jefe del Estado bajo el manto del poder, ocultaba una esclavitud mayor que la del último ciudadano; en que el padre conmovido hasta el fondo de sus entrañas, se veia obligado por un patriotismo salvaje á condenar al hijo inocente que un poder oculto le mandaba hallar culpable!

Los mas fieros romanos no llevaron nunca tan lejos el estoicismo republicano. Viéronse padres condenar á muerte á sus hijos culpables; pero condenados inocentes por respeto á la susceptibilidad de un gobierno receloso, es un valor muy próximo á la cobardía.

Despues de estos crueles acontecimientos, Foscari ya viejo y fatigado sobre todo de una autoridad que le imponia deberes tan crueles, ofreció dos veces su dimision la cual no le fue aceptada.

El dux sabia que se hallaba rodeado de enemigos; ya en medio de una fiesta dada en su palacio, habia sido herido por un asesino perteneciente á una familia noble, cuyo apellido no se ha estinguido todavía. Aunque el agresor fue declarado por loco, se le puso en tortura y fue condenado á muerte á pesar de las súplicas del dux, que herido ligeramente, demandó su perdon. Y aun se le obligó á asistir á la ejecucion, la cual tuvo lugar en una gran barca en frente del palacio en que el crimen se cometiera.

Entre sus enemigos mas encarnizados se contaba Santiago Loredan, uno de los Diez del consejo, que abrigaba deseos de venganza contra él desde mu-

cho tiempo atrás, y cuya causa primera estaba ya olvidada.

El viejo dux queriendo hacer cesar estas divisiones habia ofrecido generosamente la mano de su hija á uno de los hijos del almirante Pedro Loredan, el cual la rehusó sin miramiento. Ofendido Foscari, se mostró desde entonces en todos los negocios del Estado, hostil á los Loredan, los cuales le correspondian á su vez. Por desgracia Foscari, hubo de decir imprudentemente un dia que mientras que hubiera Loredanes seria imposible gobernar. Y sucedió que al poco tiempo murió repentinamente el almirante: despues murió lo mismo su hermano Márcos, quien á la sazón estaba encargado, en calidad de Avogador, de instruir un proceso en acusacion de peculado contra el yerno del dux.

Las sospechas de estas dos muertes tan inmediatas una de otra recayeron naturalmente en Foscari, á pesar de su vida ejemplar. Las crónicas dicen que Santiago Loredan, hijo del almirante, que se ocupaba en el comercio, como la mayor parte de los nobles venecianos, inscribia así la deuda de Foscari en sus libros. «Debe el dux Francesco Foscari por la muerte de mi padre y de mi tío...»

Este Loredan, para llegar á su venganza, se hizo elegir miembro del consejo de Estado, luego de los Tres, y muy luego comenzó á intrigar cerca de sus cólegas insinuándoles que el viejo dux desde la muerte de su hijo, estaba abrumado por el pesar, que detestaba el poder del Consejo y que se debia poner lo mas antes posible la corona ducal en una cabeza mas sana.

Con esto logró, no despojarlo de su título de dux, que era vitalicio que solo un juicio infamatorio podia quitárselo, sino lo obligara el Consejo á presentar su dimision. El dux que conoció de dónde venia el golpe se resistió á presentarla; pero Loredan no se desanimó y se unió á aquellos de sus cólegas que tenian enemistad contra Foscari. Hechos en vano nuevos requerimientos, declaró el Consejo en sesion pública que el jefe del Estado estaba relevado de su juramento, depuesto de su dignidad y en la obligacion de desalojar el palacio dentro de ocho dias.

Por un exceso de crueldad, Santiago Loredan fue el encargado de declarar al dux el decreto del Consejo. En tan solemne acto rompió bajo sus plantas el anillo ducal que le entregara el anciano, y fue despojándolo luego de todas las insignias de su dignidad. El dia siguiente, acompañado de su familia, salió de aquel palacio en que habia reinado treinta y cinco años.

La noticia de su caída llegó á oidos del pueblo, quien sintiendo por un instinto generoso que habia una injusticia que reparar, se reunió en inmensa multitud en la Piazzetta para escoltarlo y llevarlo en

triunfo hasta su góndola. Pero desde lo alto de la galería del palacio, entre las dos columnas rojas desde donde se proclaman hoy día los edictos, un mandamiento de los Diez prescribía al pueblo dispersarse en silencio y sopena de la vida.



Patio del palacio de Mula.

galería para asegurarse de que sus oídos no lo engañaban; y allí, como herido del rayo, cayó muerto. Tenía 84 años.

Al saber Loredan su muerte abrió su libro de cuentas y en frente de la terrible deuda escrita un año antes, añadió este finiquito: *L'ha pagata*. La pagó.

Después de haber recorrido los diferentes pisos y escaleras secretas practicadas en el espesor del muro,

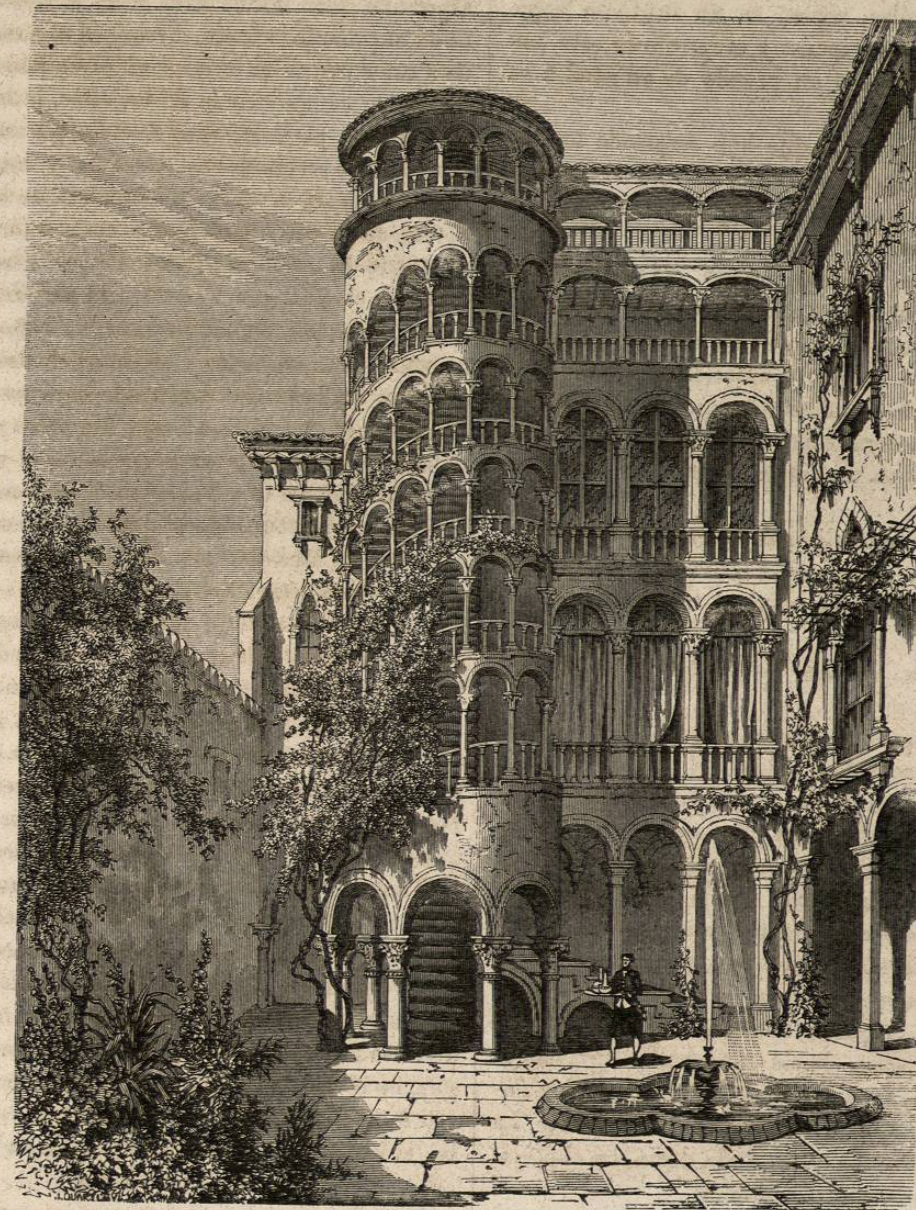
Ocho días después el 30 de octubre de 1457 Pascual Malpieri fue elegido dux: la gran campana de la linterna de San Marcos anunciaba el nombramiento del nuevo jefe. Francesco Foscari salió de su aposento á aquel ruido y se puso en el balcón de la

mi guía se detuvo ante una puerta atada con una cuerda en lo más recóndito del palacio.

«Entremos me dijo, y vereis los mismos huéspedes que quedan obstinadamente fieles á estas ruinas.» Entramos, pues, y ví un salón, cuyas elegantes esculturas están ennegrecidas por el humo de una pobre cocina: algunos girones de seda penden aun de las maltratadas paredes; cuadros vacíos esculpidos en el

muro y que indican la violencia hecha á los lienzos para arrancarlos de allí. Vasos rotos, una ó dos cacerolas viejas colgadas en los claros que sostenían en otro tiempo las obras maestras de Ticiano ó Veronese y dos

sillas desfondadas: tal era el mueblaje de aquella pieza dorada y desierta. Penetramos en la segunda más triste aun que la primera, y cuya miseria actual contrasta más duramente con el lujo pasado; miseria



La Scala antica.

enferma, por decirlo así; esto es, la miseria con la vejez que ni aun tiene la fuerza del aseo. Las paredes aun vestidas de damasco de un color desconocido y roto de trecho en trecho, sostienen un techo con molduras de oro y plata, al puro estilo árabe; algunas viejas poltronas, una mesa que servía de albergue á unas cuantas gallinas mal mantenidas con las migajas de la casa; paja por alfombra; gabetas sin el mueble en que encajaban, componían el ajuar de esta

otra pieza. Se me olvidaba un trofeo magníficamente esculpido que sostenía el retrato de Federico IV rey de Dinamarca y bajo el cual había un miserable colchón puesto sobre un camastro y cubierto con un harapiento paño.

El corazón se angustia á la vista y olor de esta miseria. Al penetrar en tan triste estancia, se adelantó hácia mí una pobre vieja, vestida de negro y me hizo un cortés saludo. Era la última Foscari.